➤ *Domingo 18 del tiempo ordinario, ciclo C (2010). La vanidad, la avaricia, son necedad. Cristo habla a través de ejemplos y parábolas: hoy habla del hombre, necio o insensato, que ha limitado el sentido de su vida a los bienes de este mundo. En sus campos se han producido frutos en tal cantidad que ha tenido que construir nuevos graneros para poder contenerlos todos. El programa de su vida era acumular y usar. Y a esto debía limitarse su felicidad. A un hombre así, Cristo le contesta: "necio, esta misma noche pedirán tu alma". El hombre no puede encerrar el horizonte de su vida en la temporalidad; no puede reducir el sentido de su vida al usufructo de los bienes. La avaricia es pobreza ante Dios, y es una idolatría que causa injusticia al prójimo.*

❖ Cfr. Domingo 18 tiempo ordinario Ciclo C 1 agosto 2010

Eclesiastés 1,2; 2, 21-23; Salmo 89, 3-4. 5-6. 12-13. 14 y 17. Colosenses 3, 1-5.9-11; Lucas 12, 13-21

ES NECIO, SEGÚN EL SEÑOR, QUIEN TIENE COMO FINALIDAD DE SU VIDA SOLAMENTE DESCANSAR, COMER, BEBER Y PASARLO BIEN.

El libro del Eclesiastés: «Este pequeño libro se titula "palabras de Cohélet, hijo de David, rey de Jerusalén». La palabra "Cohélet" (o "Qohélet»), ver 1,2 y 12; 7,27; 12, 98-10), no es nombre propio, sino un nombre común empleado a veces con artículo, y aunque su forma es femenina, se construye como masculino. Según la explicación más probable, es un nombre de función y designa al que habla en la asamblea ... en una palabra, el "Predicador". Se le llama «hijo de David y rey en Jerusalén» ver 1,12, y aunque no aparezca escrito el nombre, ciertamente se le identifica con Salomón, a quien claramente alude el texto, 1,16 (ver 1 R 3,12; 5, 10-11; 10,7) ó 2, 7-9 (ver 1 R 3, 13; 10, 23). Pero esta atribución es una mera ficción literaria del autor, que pone sus reflexiones bajo el patrocinio del más ilustre de los sabios de Israel» (Biblia de Jerusalén, Introducción al libro del Eclesiastés).

Lucas 12, 13-21: ¹³ Uno de la gente le dijo: « Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo. » ¹⁴ El le respondió: « ¡Hombre! ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros? » ¹⁵ Y les dijo: « Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aunque alguien tenga abundancia de bienes, su vida no depende de lo que posee » ¹⁶ Les dijo una parábola: « Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; ¹⁷ y pensaba entre sí, diciendo: "¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha?" ¹⁸ Y dijo: "Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, ¹⁹ y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, pásalo bien." ²⁰ Pero Dios le dijo: "¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?" ²¹ Así es el que atesora riquezas para sí, y no es rico ante Dios. **Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23 ¡Vanidad de vanidades, dice Qohélet; vanidad de vanidades, todo es vanidad!** Hay quien trabaja con sabiduría, ciencia y acierto, y tiene que dejarle su porción a uno que no ha trabajado. También esto es vanidad y grave desgracia. Entonces, ¿qué saca el hombre de todos los trabajos y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol? De día su tarea es sufrir y penar, de noche no descansa su mente. También esto es vanidad.

Salmo 89/90: ³ Tú al polvo reduces a los hombres, diciendo: " ¡Tornad, hijos de Adán!" ⁴ Porque mil años a tus ojos son como el ayer, que ya pasó, como una vigilia de la noche. ⁵ Tú los sumerges en un sueño, a la mañana serán como hierba que brota; ⁶ por la mañana brota y florece, por la tarde se amustia y se seca. ¹² ¡Enseñanos a contar nuestros días, para que entre la sabiduría en nuestro corazón! ¹³ ¡Vuelve, Yahveh ! ¿Hasta cuándo? Ten piedad de tus siervos. ¹⁴ Sáncianos de tu amor a la mañana, que exultemos y cantemos toda nuestra vida. ¹⁷ ¡La dulzura del Señor sea con nosotros! ¡Confirma tú la acción de nuestras manos!

Colosenses 3, 1-5. 9-11 : Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; **aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra.** Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria. En consecuencia, dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia, que es una idolatría. **9 No sigáis engañándoos unos a otros. Despojaos del hombre viejo, con sus obras, 10 y revestíos del nuevo,** que se renueva para lograr un conocimiento pleno según la imagen de su creador, 11 para quien no hay distinción entre judíos y gentiles, circuncisos e incircuncisos, bárbaros y escitas, esclavos y libres, porque Cristo es la síntesis de todo y está en todos.

1. La vanidad: esta palabra evoca lo ilusorio de las cosas y la consiguiente decepción que reservan al hombre y, en el fondo, la fragilidad humana. El sentido de la vida: más allá de descansar, comer, beber y pasarlo bien.

❖ En el Antiguo Testamento

○ En la primera Lectura, libro del Eclesiastés.

• **Eclesiastés 1,2: «Vanidad de vanidades».** Biblia de Jerusalén: «El término, cuya traducción tradicional “vanidad” en general conservamos, significa en primer lugar “vaho”, “aliento”, “soplo”, y forma parte del repertorio de imágenes (el agua, la sombra, el humo, etc.) que en la poesía hebrea describen la fragilidad humana. Pero la palabra ha perdido su sentido concreto y para Eclesiastés únicamente evoca lo ilusorio de las cosas y, en consecuencia, la decepción que éstas reservan al hombre».

○ Hoy, en el Salmo responsorial, 89/90, 12 y 17

• **Juan Pablo II, Audiencia 26 de marzo de 2003:** “¡Enseñanos a contar nuestros días, para que entre la sabiduría en nuestro corazón!”. “Al comenzar el nuevo día, la Liturgia de los Laudes sacude con este Salmo nuestras ilusiones y nuestro orgullo. La vida humana es limitada, «aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta», afirma el salmista. Además, el pasar de las horas, de los días y de los meses está salpicado por la «fatiga y dolor» (Cf. v. 10) y los mismos años se parecen a «un soplo» (Cf. v. 9).

Esta es la gran lección: el Señor nos enseña a «contar nuestros días» para que, aceptándolos con sano realismo, «entre la sabiduría en nuestro corazón» (v. 12). Pero el salmista pide a Dios algo más: que su gracia sostenga y alegre nuestros días, aun frágiles y marcados por la prueba. Que nos haga gustar el sabor de la esperanza, aunque la ola del tiempo parezca arrastrarnos. Sólo la gracia del Señor puede dar consistencia y perennidad a nuestras acciones cotidianas: «Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos» (v. 17).

Con la oración pedimos a Dios que un reflejo de la eternidad penetre en nuestra breve vida y en nuestro actuar. Con la presencia de la gracia divina en nosotros, una luz brillará sobre el devenir de los días, la miseria se convertirá en gloria, lo que parece no tener sentido adquirirá significado.

❖ En el Nuevo Testamento

○ En el Evangelio de la Misa de hoy.

▪ Descansa, come, bebe, pásalo bien.

• Juan Pablo II, Homilía, 3-VIII-1980: “Lo que dice Cristo en el Evangelio de hoy es una prolongación de esa sabiduría del Antiguo Testamento. Cristo habla a través de ejemplos y parábolas: habla del hombre que ha limitado el sentido de su vida a los bienes de este mundo. Los ha poseído en tal cantidad que ha tenido que construir nuevos graneros para poder contenerlos todos. El programa de la vida, pues, es acumular y usar. Y a esto debe limitarse la felicidad. A un hombre así, Cristo le contesta: “necio, esta misma noche pedirán tu alma” (Juan Pablo II, Homilía, 3-VIII-1980).

○ En la segunda Lectura, de la Carta a los colosenses

▪ «Aspirad a los bienes de arriba y no a los de la tierra». La vanidad y necedad de la idolatría.

• No es una invitación a despreciar las realidades terrestres, sino a no divinizar lo que no es Dios, lo cual sería una idolatría.

• **El Catecismo de la Iglesia Católica dice a este respecto** (n. 2113): La idolatría no se refiere sólo a los cultos falsos del paganismo. Es una tentación constante de la fe. Consiste en divinizar lo que no es Dios. Hay idolatría desde el momento en que el hombre honra y reverencia a una criatura en lugar de Dios. Trátese de dioses o de demonios (por ejemplo, el satanismo), de poder, de placer, de la raza, de los antepasados, del Estado, del dinero, etc. «No podéis servir a Dios y al dinero», dice Jesús (Mateo 6, 24). Numerosos mártires han muerto por no adorar a «la Bestia» (Cf Apocalipsis 13-14), negándose incluso a simular su culto. La idolatría rechaza el único Señorío de Dios; es, por tanto, incompatible con la comunión divina (Cf Gálatas 5, 20; Efesios 5, 5).

• **Nuevo Testamento, Eunsa 2004,** Nota Colosenses 3, 5-11: El «hombre viejo» (v. 9) es el que se deja dominar por las inclinaciones de la concupiscencia desordenada. El discípulo de Cristo, que ha sido renovado y vive para el Señor, posee un nuevo y más perfecto conocimiento de Dios y del mundo, ve las cosas con una perspectiva más alta, con visión sobrenatural que no es sino «dejarse mover y poseer por la poderosa mano del autor de todo bien» (S. Ignacio de Loyola, *Epístolas* 4,561-561).

○ El Apóstol Santiago

• **Esto dice el Apóstol Santiago (4, 13-14):** «Vosotros los que decís: «Hoy o mañana iremos a tal ciudad, pasaremos allí el año, negociaremos y ganaremos»; ¹⁴ vosotros que no sabéis qué será de vuestra vida el día de mañana... ¡Sois vapor que aparece un momento y después desaparece! ¹⁵ En lugar de decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello».

• **En la realización de nuestras vidas, es bueno – y necesario – hacer programas (a corto y largo plazo), pero siempre invocando al Señor, aunque sólo sea mentalmente: si Dios quiere, Dios mediante, etc.**

2. ¿Por qué razón es calificado como necio el rico que acumula riquezas?

- ❖ La diferencia entre lo que dice el libro del Eclesiastés y lo que dice el Señor.

Cfr. Raniero Cantalamessa, *La Parola e la Vita* Anno C, Città Nuova VII edizione 1998, pp. 304-305

- **O enriquecerse ante Dios o acumular tesoros para uno mismo**

- Parece que Jesús razona como el Qohélet, y sin embargo hay una profunda diferencia. ¿Por qué el glotón acumulador de bienes es llamado necio por el Qohélet? ¿Por que no goza de ellos él mismo! ¿Por qué es llamado necio por Jesús? “Porque atesora riquezas para sí, y no es rico ante Dios”. (...) Lo opuesto a enriquecerse ante Dios es “acumular tesoros para uno mismo”; estamos, en cierto sentido, en las antípodas de la moral del Qohélet; la moral del Evangelio no es un moral egoísta y hedonista, sino que está basada sobre el amor al prójimo y la solidaridad fraterna.

Es más: es una moral basada sobre la escatología. (...) Está claro que la parábola tiene un telón de fondo escatológico; el significado último proviene del hecho de encontrarse, con Jesús, en la hora decisiva; discutir sobre la partición de la herencia, o pensar solamente en hacer más grandes los graneros, cuando el Reino de Dios está en las puertas, es ceguera y grande necedad. Por tanto, la razón profunda que hace que aparezca como necio el proceder de aquel rico avaro es la existencia y la inminencia de otro mundo. El sabio bíblico del Antiguo Testamento no conocía o no creía seriamente en la realidad de una recompensa después de la muerte, y por ello decía: ¡Necio quien no goza aquí! Ahora bien, con Jesús no sólo se sabe que hay una recompensa después de la muerte, sino que esa recompensa es el Reino, es decir, todo. (...)

- **La búsqueda de los bienes “de allá arriba” en la segunda lectura.**

La segunda lectura nos da ocasión para completar esa enseñanza de Jesús: *Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios ...* Después de la Pascua de Jesús, el discurso sobre los bienes terrenos des presenta de un modo diverso al de antes: afanarse por las cosas de aquí, apostar todo sobre ellas, ahora aparece como algo absurdo por un motivo más fuerte de los demás: ya se ha iniciado un mundo nuevo; con la resurrección de Jesús, se ha abierto la puerta del Reino; se puede entrar ya, es más, hay que darse prisa para no quedarse fuera, como las vírgenes necias que llegaron demasiado tarde. (...)

- **Afanarse por tener encendido una mecha y no darse cuenta de que fuera resplandece el sol.**

En esta nueva situación, retrasarse como las hormigas, para amasar provisiones, como si no hubiese sucedido nada, es verdaderamente vanidad de vanidades, necedad de necedades. Significa afanarse por tener encendido una mecha y no darse cuenta de que fuera resplandece el sol.

- **San Pablo en la segunda lectura condena la avaricia que es una idolatría.**

¿Qué significa “aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra”? No significa descuidar los propios intereses y deberes terrenos (trabajo, estudio, familia, la ganancia honrada); significa buscar estas cosas como “resucitados con Cristo”; por tanto, con un espíritu nuevo, con una nueva intención, con un nuevo estilo. En efecto, ¿qué es lo que Pablo condena: acaso el trabajo o la preocupación por los hermanos? Condena, en el mismo texto *la avaricia que es idolatría*. Sí, idolatría, porque es evidente que el dinero, buscado obsesivamente, por sí mismo, se convierte en un amo, en un absoluto, en el ídolo de metal fundido del que habla la Biblia, al que se sacrifica todo: reposo, salud, afectos, amistades, honradez. Y el corazón va detrás: *porque donde está tu tesoro allí estará tu corazón* (Mateo 6,21).

- ❖ La actividad humana, el trabajo en el caso del evangelio de hoy - producir frutos de la tierra y almacenarlos para disponer de ellos cuando sea necesario - no debe servir sólo para el propio goce, sino para desarrollar la obra del Creador y para el bien de los demás.

- **Gaudium et spes, 34:** Una cosa hay cierta para los creyentes: la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en si mismo, responde a la voluntad de Dios.

Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a si la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo.

Esta enseñanza vale igualmente para los quehaceres mas ordinarios. Porque los hombres y mujeres que, mientras procuran el sustento para si y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia.

3. Sólo si la fe está puesta en Cristo es posible pensar en lo imperecedero.

- Romano Guardini, *El Señor*, Ediciones Cristiandad 2ª edición, 2005, p. 228: Y después viene la historia del hombre rico que tiene los graneros llenos y piensa que puede vivir seguro «durante mucho años». Es sabio en toda suerte de inteligencia humana, pero necio ante Dios, porque «esa misma noche» va a morir, y lo que ha acumulado se lo comerán otros. De nuevo, separación entre lo esencial y lo no esencial. ¿Qué es

más esencial, la vida o el pan? Ciertamente la vida, porque si estoy muerto no puedo comer. ¿Qué es más esencial, la riqueza eterna o la temporal? La eterna, desde luego, porque lo que pertenece al tiempo, se marchita. ¿Qué debe hacer entonces el hombre? Concentrar su pensar y sentir en lo imperecedero. En Dios debe estar su riqueza, no en el tiempo. Pero eso sólo es posible si su fe está puesta en Cristo y, con ello, su alma está cimentada en la vida eterna. Entonces puede el hombre, actuando desde esa fe, trocar lo terrenal en imperecedero.

4. La avaricia causa injusticia al prójimo.

- Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2536: El décimo mandamiento prohíbe la avaricia y el deseo de una apropiación inmoderada de los bienes terrenos. Prohíbe el deseo desordenado nacido de la pasión inmoderada de las riquezas y de su poder. Prohíbe también el deseo de cometer una injusticia mediante la cual se dañaría al prójimo en sus bienes temporales.

Cuando la Ley nos dice: «No codiciarás», nos dice, en otros términos, que apartemos nuestros deseos de todo lo que no nos pertenece. Porque la sed del bien del prójimo es inmensa, infinita y jamás saciada, como está escrito: «El ojo del avaro no se satisface con su suerte» (Si 14, 9) (Catech. R. 3, 37).

5. Los dones del Espíritu Santo: el don de ciencia.

- ❖ El Espíritu Santo, con el don de la ciencia, nos lleva a poner en su justo puesto las criaturas, a usar de ellas sin idolatrarlas, a valorar las cosas en su dependencia del Creador.

Juan Pablo II: En el rezo del Angelus, el 23 de abril de 1989.

1. La reflexión sobre los dones del Espíritu Santo, que hemos comenzado en los domingos anteriores, nos lleva hoy a hablar de otro don: el de ciencia, gracias al cual se nos da a conocer el verdadero valor de las criaturas en su relación con el Creador.

Sabemos que el hombre contemporáneo, precisamente en virtud del desarrollo de las ciencias, está expuesto particularmente a la tentación de dar una interpretación naturalista del mundo; ante la multiforme riqueza de las cosas, de su complejidad, variedad y belleza, corre el riesgo de absolutizarlas y casi de divinizarlas hasta hacer de ellas el fin supremo de su misma vida. Esto ocurre sobre todo cuando se trata de las riquezas, del placer, del poder, que, precisamente, se pueden derivar de las cosas materiales. Estos son los ídolos principales, ante los que el mundo se prostra demasiado a menudo.

2. Para resistir esa tentación sutil y para remediar las consecuencias nefastas a las que puede llevar, he aquí que el Espíritu Santo socorre al hombre con el don de la ciencia. Es ésta la que le ayuda a valorar rectamente las cosas en su dependencia esencial del Creador. Gracias a ella - como escribe Santo Tomás- el hombre no estima las criaturas más de lo que valen y no pone en ellas, sino en Dios, el fin de su propia vida (cf. S. Th., II-II, q. 9, a. 4).

Así logra descubrir el sentido teológico de lo creado, viendo las cosas como manifestaciones verdaderas y reales, aunque limitadas, de la verdad, de la belleza, del amor infinito que es Dios, y como consecuencia, se siente impulsado a traducir este descubrimiento en alabanza, cantos, oración, acción de gracias. Esto es lo que tantas veces y de múltiples modos nos sugiere el Libro de los Salmos. ¿Quién no se acuerda de alguna de dichas manifestaciones? “El cielo proclama la gloria de Dios y el firmamento pregona la obra de sus manos” (Sal 18/19, 2; cf. Sal 8, 2); “Alabad al Señor en el cielo, alabadlo en su fuerte firmamento... Alabadlo sol y luna, alabadlo estrellas radiantes” (Sal 148, 1.3).

3. El hombre, iluminado por el don de la ciencia, descubre al mismo tiempo la infinita distancia que separa a las cosas del Creador, su intrínseca limitación, la insidia que pueden constituir cuando, al pecar, hace de ellas mal uso. Es un descubrimiento que le lleva a advertir con pena su miseria y le empuja a volverse con mayor ímpetu y confianza a Aquél que es el único que puede apagar plenamente la necesidad de infinito que le acosa. (...).